

PANELES

1) ABECA

Hna. Myriam Pacheco

Convento Santa Escolástica

Humacao - Puerto Rico

¡Que el Dios de la Paz esté con nosotros!

Al comenzar a organizar mis ideas para preparar la presentación de este panel sobre LA ESTABILIDAD EN UN CONTEXTO DINÁMICO una canción muy popular en mis años juveniles me vino a la mente. Era la historia de un hombre que contaba las ventajas que él tendría de haber sido un caracol. No tendría que sufrir de las inclemencias del tiempo, pagar alquiler ni impuestos. Cuando la situación se tornase difícil se echaba su casa a cuestras y se iba a Río, a Buenos Aires o a San Juan, (tal vez la escribió un monje giróvago). Esta es la época del hombre caracol.

Hoy día se cuestiona mucho el valor del voto de estabilidad, lo cuestionan los seglares, los jóvenes e incluso algunos monjes. Mucho de este cuestionamiento surgió a raíz del Vaticano II. Estructuras que resistieron el paso de los siglos, de pronto se ven como en tierra movediza:

- En los monasterios hubo un éxodo de religiosos.
- Por otro lado, surge una tensión entre los que piden una renovación apresurada “a grito pelado” y los que prefieren discernir lo que el Espíritu dice.
- En algunas comunidades surgieron crisis de identidad (cuando hay crisis es difícil mantener la estabilidad).
- Se presentaban jóvenes en el monasterio que venían en busca de una seguridad emocional o promoción humana; pasado el fervor de los primeros días no prosperaban porque les faltaba el valor espiritual para sostener la vocación en la prueba.
- Hubo monasterios donde ni siquiera eso, y las vocaciones brillaron por su ausencia durante años.

Los monasterios, considerados como centros de cultura y de saber, se miran ahora como estructuras fuera de época, como señales estáticas en un mundo dinámico y progresista. El voto de estabilidad se ve como algo que aliena a los monjes de los demás religiosos, como falta de empuje y espíritu para marchar hombro a hombro con los demás. Un salvoconducto para no arriesgarse y dar el paso.

Años atrás había más estabilidad en la sociedad, en el hogar, y naturalmente esto se hace sentir en el monasterio. Hoy se acentúa la personalidad, el machismo, la autorealización, la igualdad, aunque se diga entre comillas; el discípulo que ayer callaba y oía, hoy quiere hablar y enseñar.

Por ello es de suma importancia explicar a los jóvenes los valores monásticos que hay detrás de ellos, cuál es el espíritu. ¿Por qué los valoramos? Organizar grupos de promoción vocacional (de hecho) y explicarles en qué creemos y ¿por qué creemos? abrir nuestras puertas al pueblo de Dios: de la estabilidad espiritual, fluye el valor de la estabilidad física. El huésped capta el espíritu desde lejos.

La comunicación rápida, el transporte que acorta distancias, el crédito para adquirir, son signos de los días, que se han dejado sentir en el monasterio. El establecerse en un lugar dado, para una comunidad benedictina, equivale a echar raíces, a dar el resto, equivale a una expresión de fe en la providencia. A un *ser* con aquellos que estaban aquí antes de llegar yo, que tenían un modo de batallar con el diario vivir.

Equivale a poner los talentos con que la comunidad ha sido bendecida al servicio de la comunidad vecinal y eclesial. Equivale a hacer una opción por un lugar determinado *ahora*.

San Benito invita a los monjes a no contristarse ante las exigencias de la necesidad o pobreza de un lugar.

Se ha señalado que la comunidad monástica en su estabilidad de propósito es un sacramento que alienta la fecundidad fraternal. Todo sacramento tiene compensaciones y exigencias. La lucha de cada monje se traduce en la lucha de la comunidad.

Nos sostiene la certeza de que al profesar estabilidad somos recibidos según su Palabra, que la estabilidad propicia el recogimiento, que nos ayuda a formar comunidad, a hacer un sacramental de lo ordinario...

No obstante el joven de hoy, frente a estas compensaciones, tiene que optar entre esto y un mundo que se le presenta idealizado y atractivo dirigido a la satisfacción y disfrute del momento.

Para los monjes ya afincados está la exigencia de reflexionar –dónde estamos parados y tomar sentido de dirección comunitariamente–. Como señalaba Merton, vivir como en una montaña pero con el corazón hacia el cielo.

La comunidad total ha de reflexionar según su situación particular dentro de la América Latina ¿qué medios ha de usar una comunidad para procurar una formación más sólida y convincente al joven de hoy? ¿Cómo puede una comunidad discernir qué apostolados tomar sin que se sacrifique su carisma? Reflexionar cómo el voto de estabilidad influye en la vida de la comunidad vecinal, en el destino de un pueblo.

A continuación algunas reflexiones de ABECA sobre las preguntas asignadas a esta área:

¿Cómo se posibilita la inserción local mediante la estabilidad monástica? ¿Qué consecuencias trae esta estabilidad a la comunidad local?

¿Cómo puede discernir una comunidad monástica cuáles apostolados tomar sin sacrificar su carisma?

Las respuestas:

- se favorece la inserción; el área donde se establece la comunidad se beneficia
- la estabilidad engendra actitudes: lealtad, apoyo, contar con, soy parte de
- facilitando las instalaciones del monasterio para uso de los vecinos ya sean canchas de juego, salas de conferencia, lugares para reunirse, etc.
- el pueblo tiene confianza porque sabe que los monjes están allí para quedarse, que pasarán juntos ‘las malas y las buenas’.
- los beneficios del trabajo quedan allí.
- el monasterio puede ser fuente de trabajo.
- la comunidad estudia las peticiones que les hacen para servir, y se ingenia para descubrir medios para ofrecer el servicio sin sacrificar el valor monástico
- unas hermanas cistercienses indicaron que para ellas la estabilidad radica en vivir la misión escatológica de la Iglesia. Ser una comunidad orante, vivir plenamente su vocación... de su vida de oración fluyen bendiciones.
- se mencionó que la estabilidad podría ser arma de dos filos
- un miembro compartió la experiencia de un monje que pidió quedarse en el monasterio luego de haber servido cinco años en la parroquia. El Prior se hermanó con su sentir, respetó la conciencia del otro.
- estabilidad equivale a ser un depósito para irradiar, trae sentido de paz.
- un poder decir “Cuento contigo”.

Es un gran consuelo estar aquí reunidos en el TEMPLA y aprender del otro, buscar orientación para sostenernos diferentes comunidades unidas en el espíritu que animó a Benito.

Durante tres años hemos preparado el corazón y el cuerpo para militar durante este Encuentro en la relectura de la Regla. Por lo tanto hermanos, roguemos que el Señor nos envíe la ayuda de su gracia para lo que el cuerpo no puede.

Gracias.

2) CONO SUR

P. Eduardo Ghiotto, osb

Abadía del Niño Dios - Victoria (R) - Argentina

Por el voto de estabilidad el monje adquiere con una comunidad determinada un vínculo de unión semejante al que se realiza en la “alianza” religiosa entre Dios y su Pueblo elegido y al que tienen los esposos por el sacramento del matrimonio. El voto, como acto religioso y consecratorio, ratifica y fortalece ese vínculo entre la persona del monje y la comunidad.

Es una peculiaridad propia del monaquismo el tener este voto de estabilidad como integración y compromiso perpetuo con una comunidad. A nivel práctico se puede encontrar una serie de ventajas y no pocos inconvenientes en la vida de las personas y de las comunidades relacionadas con este hecho. Pero no se trata de una realidad meramente organizativa, sino de una opción vital que define una manera de vivir la respuesta al llamado de Dios.

Para el monje la estabilidad significa un compromiso y una exigencia de fidelidad. Esta exige que “no se tenga otro amor” y que se persevere hasta la muerte en tal comunidad.

Sin embargo, para no exagerar el valor de la estabilidad es necesario ubicarla dentro del contexto total de la vida monástica. La finalidad última de la vida monástica es “buscar a Dios” dentro de una comunidad, “la escuela del servicio divino”. La estabilidad como estructura de vida debe estar al servicio del crecimiento de la persona y de la misma comunidad. En cuanto estructura es algo ambivalente y ambiguo. San Benito la exige a sus monjes como respuesta al llamado de Dios y como método de vida marcada por la *conversatio*. Por otra parte, la estabilidad tiene el riesgo de llevar al monje y a las comunidades a “instalarse” y a “apropiarse” cosas, situaciones, puestos, etc. Una estabilidad vivida de esta forma no estaría ya en la finalidad que ha querido darle san Benito en su Regla.

El compromiso que el monje asume con la comunidad tiene los siguientes rasgos:

1. Aceptación libre y gozosa de la *historia* de la comunidad como su herencia –pobre o rica– del pasado, con su presente glorioso u opaco, con su futuro incierto y riesgoso.
2. Entrega generosa y entusiasta a una comunidad, que llega a amar profundamente. Esta comunidad ya existía antes del ingreso del monje y le brinda todo lo necesario para su desarrollo.
3. Colaboración eficaz para hacer crecer y desarrollar a la comunidad y a sus integrantes. La vitalidad y el dinamismo de una comunidad, depende de la dedicación de sus miembros.
4. Espíritu y práctica del sacrificio y mortificación. Quien no es capaz de “aguantar” las dificultades, no podrá ser fiel al voto que hizo delante de Dios. Es urgente un aprendizaje de este sacrificio, que debe impartirse ya desde el noviciado.
5. Renuncia alegre y liberadora de muchas otras posibilidades que podrían aparecer en el presente y a las que puedan presentarse en el futuro.
6. Permanencia (presencia) afectiva y efectiva en la comunidad con una fidelidad a las estructuras de la misma y a su espíritu.

Por su parte la comunidad debe ser generadora de estabilidad en los jóvenes que se integran en la vida monástica y en los mismos monjes. Muchas veces sucede que una comunidad que no tiene estabilidad en sus objetivos e ideales, perturba y llega a hacer perder la estabilidad a los monjes. También es necesario que la comunidad ofrezca un clima normalizante para ayudar a los monjes a conseguir la estabilidad. Una comunidad formada por “personas normales” psicológica y humanamente, puede ser una escuela de estabilidad aún para personas que puedan adolecer de cierta tendencia a la inestabilidad. La comunidad, en cuanto “comunidad orante” es también una garantía y una fuerza fecunda de estabilidad para todos los miembros de una comunidad. Lo mismo hay que decir de la acción de un Padre espiritual, sea el Abad, sea otro “espiritual”.

La estabilidad asumida con alegría y libertad interior es una ayuda positiva para el monje porque afirma y da consistencia a su personalidad llevándola a una profundidad humana y cristiana muy grande.

Las comunidades monásticas de Latinoamérica se ven acosadas por varios factores externos que les exigen un dinamismo y una vitalidad siempre crecientes. El monje por su voto de estabilidad no está llamado a instalarse en una vida cómoda y segura. El compromiso con su comunidad viva lo hace vivir en una actitud de escucha permanente para poder escuchar en cada momento la voz de Dios que, a través de los hechos de la historia, de la Palabra de Dios y de otros signos, lo impulsan a seguir siempre “en camino” hacia la Patria.

3) CIMBRA

Ir. Bernardo Lucas, osb

Mos t. de S. Bento - Bahia

Brasil

A estabilidade em São Bento não é, antes de tudo, nem um meio para fixar alguém, nem um remédio histórico para afastar o perigo dos giróvagos do seu tempo.

A estabilidade em São Bento é, antes de tudo, uma resposta. Ela é a expressão e a concretização de um movimento, de uma atitude, de uma decisão profundamente espiritual. Sua motivação é radicalmente evangélica.

Pela estabilidade, o monge se fixa a uma comunidade e nela deseja permanecer até a morte porque ela é a congregação daqueles que não apenas buscam e procuram o Senhor, mas daqueles que buscam o Senhor porque, primeiramente, por Ele se sentiram, se sabem e foram chamados.

O monge é alguém que ouviu o Senhor e para Ele quer voltar. Toda a sua vida é uma volta. Um profundo desejo espiritual o anima. Para ele nada pode haver de mais caro e de mais desejável que o Cristo que o chamou. Todo o seu viver é crístico.

Ele entra e permanece no mosteiro, permanece na comunidade porque está convencido de que este mosteiro e esta comunidade concreta é o lugar onde se encontra o Cristo, o lugar do encontro com Cristo, o lugar onde juntos, em comunidade e em comunhão, caminhamos para Cristo.

Na linha da tradição monástica anterior, São Bento faz preceder o ingresso definitivo na comunidade de um longo tempo de provação, não só para que a comunidade conheça o candidato, mas, principalmente, este tempo será para o candidato um tempo de reflexão, de análise, de exame sobre si mesmo, para ver se possui realmente as qualidades necessárias para ingressar e, entrando, permanecer depois fielmente no Mosteiro.

Sob esse aspecto da liberdade, reflexão e opção responsável antes da entrada na comunidade, é muito interessante notar as semelhanças mas também as diferenças entre Cassiano, o Mestre e S. Bento com

relação à recepção dos candidatos. Cassiano experimenta a paciência e a perseverança do candidato com 10 dias provação à porta do mosteiro (Inst. 4,3-4), se o Mestre, segundo o Cap. 90, prova o candidato durante 1 ano, prescrevendo-lhe, durante esse mesmo tempo, a leitura da regra e a promessa formal de observá-la, ou, segundo o Cap. 87-89, prescrevendo a promessa formal de estabilidade e a total desapropriação depois de 2 meses de reflexão, São Bento vai manifestar ainda maior respeito pela liberdade e responsabilidade pessoal do candidato. Ele deseja engajamentos plenamente conscientes. Além dos 4 ou 5 dias à porta do mosteiro e de alguns dias na hospedaria São Bento submete o noviço a 3 períodos de provação, tendo cada um a duração de 2, 6 e 4 meses respectivamente. Ao fim de cada período, há sempre a leitura oficial de toda a regra e a pergunta formal se a deseja realmente observar, para que fique manifesto e saiba o noviço que tipo de vida vai realmente abraçar. São Bento fala de uma certa promessa de estabilidade já ao final do 2º mes de noviciado (RB 58,9) e de uma certa promessa também de obediência, ao final do mesmo ano (RB 58,14), mas, solenemente, profissão, vestição, desapropriação e ingresso na comunidade se realizam, juntamente, ao fim dos 12 meses de provação. São Bento chama a esse tempo de “morosa deliberatio” (RB 58,16). O que é importante notar dentro da preocupação do nosso tema de estudo, é como já para São Bento a profissão deva ser fruto de uma madura reflexão e exame pessoal: uma opção plenamente consciente e livre. E como que para que possa ser pessoal e livre ela exija a necessidade de se conhecer bem o que se vai abraçar assim como as próprias capacidades pessoais.

Ser fiel, perseverar será então toda a preocupação de monge. Ser fiel não apenas no tempo: permanecer até o fim. Mas ser fiel, antes, à dinâmica da sua entrega, à dinâmica do seu ingresso em uma comunidade, permanecer, como diz São Bento, com o coração dilatado, no seu magistério, na sua doutrina, associando-se, pelas provações, aos sofrimentos de Cristo, para merecer também participar do seu reino.

Este, certamente, o ideal que São Bento nos propõe sobre a estabilidade. Mas aí começa, precisamente, também nosso questionamento. Será que uma tal Colação é inteligível, aceitável pelo homem de hoje? Será que ela responde aos seus anseios e às suas preocupações?

Creio que uma primeira resposta deverá ser negativa:

1) Estabilidade soa para o homem moderno como *algo do passado*. Não lhe aparece como coisa do presente, concreta, que deva ser por ele assumida, para ser por ele também transformada, na construção de um mundo que lhe pertence, do qual ele se crê senhor e seu artífice. O progresso científico colocou e coloca, cada vez mais, em suas mãos, o mundo e as forças da natureza. Cabe a ele transformá-los. E nisso que ele vê valor. Ele é sensível ao futuro e não ao passado.

2) Estabilidade parece estar em contradição com uma das notas mais características do mundo de hoje: a *mudança*. O homem técnico dinâmico descobriu suas extraordinárias possibilidades de transformar e de mudar. A mudança atinge a tudo e a todos. Ele já não se prende a nada. Tudo muda. Até com relação ao “ter”, está se formando a nova mentalidade do “leasing”, do alugar, do “one way”, do usar e jogar fora. Uma propaganda constante o transforma num “consumidor”, tendo já como preocupação maior não apenas “ter”, e ter sempre mais, mas principalmente usar, gozar, consumir.

3) Estabilidade *parece incomodar* o homem moderno, como parece incomodá-lo também a solidão e o encontrar-se consigo mesmo. Ele está perdendo sua interioridade e identidade. A técnica levou o homem moderno a conquistar o espaço exterior, mas, massificado, ele vai perdendo seu espaço interior. Ortega diz que o homem do século XX é o grande “alterado”, isto é, vive em função das coisas que estão fora dele. Em lugar de viver a *partir de si próprio*, vive a *partir da gente*, a partir “dos outros” e ele próprio funciona como “qualquer um”, “um entre muitos”, por conseguinte, como “outro” –alter– que não “ele próprio”. Por isso seu estado é de *alteração*, contrária ao *ensimesmamento*.

A pesar destas e de tantas outras respostas negativas que poderiam ser ainda focalizadas, a estabilidade permanece contudo um grande valor. Mais do que nunca, é precisamente dela que o homem de hoje

tanto precisa. Ele começa a se sentir perdido. Começa a não ter metas, a não saber para onde ir. Se sente inseguro. A aceleração do progresso e da técnica atinge um tal ritmo, que ele começa a não considerá-la normal. Começa a ter medo de suas próprias conquistas. Esperava que fossem sementes de liberdade, de fraternidade e de paz. E o que parece colher é cada vez maior separação, dominação, sofrimento e miséria. O homem não se tornou mais feliz.

Mas de que estabilidade estamos falando? A estabilidade monástica só será entendida, só será amada, só será salvífica para o homem moderno, se ela não significa mero fixismo em estruturas passadas mas vida, se for fruto de uma consciência, se for expressão *de uma consciencia crítica*. Mais do que nunca o mundo de hoje precisa de homens críticos, de comunidades monásticas e de monges críticos.

Claro que ser crítico não significa pessoas que “são do contra” e que criticam por criticar.

A crítica para o cristão, a crítica para o monge e para uma comunidade monástica é o grande apelo do evangelho. É própria de quem se sabe em caminho, de quem sabe que “já” tem a graça, a filiação, a salvação, mas de quem foi salvo em esperança. Ele se sente movido pela dinâmica da esperança, que, o faz comprometer-se, engajar-se com o presente, mas de quem permanece contudo livre, pobre, com relação ao próprio presente, pois sabe que ele, por melhor que lhe possa parecer, “ainda não é” a plenitude daquilo no qual ele crê e para o qual ele se sente chamado.

Ser crítico é ter consciência da historicidade do homem e de suas instituições: o, homem é concreto, é sempre um ser situado, circunstanciado.

E estes são valores e elementos plenamente percebidos e sentidos pelos homens de hoje: ele tem consciência de sua condição psicossocial.

Somos seres dotados de uma psicologia e marcados pôr estruturas sociais. Carregamos já uma história quer no nível pessoal, quer no nível comunitário, no nível de classe.

Diante desta realidade, duas podem, e não apenas podem, mas duas são as posições que encontramos. São duas posições extremas:

- 1) Uns procuram desconhecer ou mesmo rejeitar essa realidade e se fecham no imobilismo. Nesta posição, não há nenhuma sensibilidade para o novo. Nenhuma sensibilidade histórica. Tudo já está pronto. Não temos nada a acrescentar de novo São Bento já nos disse tudo. Basta-nos viver a sua regra. Tudo está na regra.
- 2) Outros cedem também ao mesmo acomodamento mas, numa visão determinística, esquecem-se de nossa capacidade de revisão e de conversão, tanto pessoal como comunitária. Para eles também não temos mais nada a fazer. A vida religiosa e, em particular, a vida monástica foi um erro histórico. Não tem mais sentido hoje.

Tais posições extremas são igualmente danosas e falsas.

Devemos afirmar as duas realidades: fidelidade aos valores vividos na tradição abertura para os valores e exigências do presente e do futuro. Tal afirmação nos coloca certamente num clima de tensão. Mas não devemos duvidar das nossas capacidades criativas e da nossa capacidade de assumir e incorporar novos valores e exigências.

“Evidentemente, é quase impossível, antes de assumir uma decisão nova, uma saída de um lugar, ter certeza de todos os mecanismos que nos movem e de nossas reais possibilidades. Vale aqui a regra áurea da experiência seguida, periodicamente revista e gradativa. As nossas condições psicossociais vão se revelando, à medida em que nos vamos colocando, passo após passo, numa atitude de revisão, de auto e heterocrítica”. Através da revisão, “as pessoas e os grupos vão encontrando e conhecendo suas possibilidades concretas diante da realidade analisada. Não podemos esquecer que o processo sofre sempre uma tensão dialética e ilumina-se no confronto dos polos. Haverá momentos de exageros

de um lado e do outro. Certo imobilismo provocará imediatamente o ardor da mudança. A febre de gestos novos e criativos aciona, por sua vez, os freios da prudência. O movimento dialético é somente harmônico nas grandes linhas. Ao longo de um tempo podemos ver o caminhar de uma pessoa ou grupo, através do jogo dos polos opostos, à custa de sofrimentos, de conflitos, de lutas, de discussões, de momentos de muita tensão.

Quando nosso olhar se centra no micro, então nos parece o dilaceramento, a divisão.

Nesta dimensão psicossocial, *toma-se cada vez mais importante sermos educados para ver e viver os conflitos, nos conflitos*, e não refugiar-se no dourado mundo da harmonia preestabelecida. O nosso instinto cristão nos tem educado para a utopia da humanidade nova da graternidade, do “vede como eles se amam”, e sentimo-nos mal diante, dos conflitos. Se isto nos levasse a lutar pela verdadeira superação, atingindo-lhes as causas geradoras, teria sido positivo. Em geral, entretanto, tentamos solucioná-los simbolicamente, vivendo uma reconciliação afetiva, enquanto que no real os conflitos, agora camuflados, continuam existindo. Saber viver no conflito não significa conformar-nos com uma situação, onde reina uma luta sempre em desfavor dos mais fracos, mas sim não querer ocultá-los no nível do real com atitudes simbólicas de reconciliação que não significam, de fato, nenhuma superação verdadeira. Saber viver no conflito é continuamente estar decidindo, escolhendo mediações, que lhe atinjam as raízes. E não cansar-nos deste trabalho, refugiando-nos na alienação das soluções afetivas, espiritualistas. Supoe de nós uma resistência, porque a superação dos conflitos na sua raiz não é problema de dias.

As contradições nos níveis vitais são profundas e existem forças poderosas para impedir que se criem soluções em profundidade. Paira no ar sempre a tentação das soluções terceiristas, que terminam por serem conservadoras”. (J. B. Libanio, *Discernimento e política*, pp. 83-85).

E essa consciencia crítica, é uma tal estabilidade, viva e ativa, que não é apenas entendida, mas também desejada pela melhor parte dos homens de hoje. Para eles poderemos ser então sinal do Reino. Sinal inteligível, sinal atraente.

E isto que é também releitura. Releitura da estabilidade beneditina supõe uma comunidade crítica. Todos, abade e cada membro, deverão estar comprometidos com essa dinâmica. Releitura supõe uma comunidade unida, responsável, fraterna, solidária, livre, fundada no passado, mas comprometida com o presente e o futuro. Supõe conhecimento dos verdadeiros valores de São Bento, mas supõe também profunda sensibilidade diante das exigências do presente. E isso requer esforço, desinstalação.

Releitura só será possível se for histórica, se for fiel ao real, se for atitude crítica.